

WILLIAM A. MENINGER, O.C.S.O

EL PROCESO DEL PERDÓN

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2009

Padre todopoderoso y eterno Dios,
te alabamos y te damos gracias
a través de nuestro Señor Jesucristo
por tu presencia y tu obra admirable en el mundo.

En medio de los conflictos y de las divisiones,
somos conscientes de que eres tú
quien dirige nuestras voluntades
hacia los pensamientos de paz.

Tu Espíritu cambia nuestros corazones:
los enemigos se deciden a hablarse,
los extraños juntan sus manos en amistad,
y los pueblos buscan juntos el camino hacia la paz.

Tu Espíritu está en obra
cuando la comprensión pone fin a la contienda,
cuando el odio se extingue
por la acción de la misericordia,
y la venganza deja paso al perdón.

Por todo ello jamás dejaremos de
darte gracias y alabarte.

(Del Prefacio a la Misa [Plegaria Eucarística]
sobre la Reconciliación II)*

* *N. del T.*: El padre Meninger sigue aquí la versión extraída de *The Sacramentary*, Nueva York, Catholic Book Publishing Co., 1985.

La versión de la liturgia española dice:

Te damos gracias, Dios nuestro y Padre Todopoderoso, por medio de Jesucristo, nuestro Señor, y te alabamos por la obra admirable de la redención.

Pues, en una humanidad dividida por las enemistades y las discordias, tú diriges las voluntades para que se dispongan a la reconciliación.

Tu Espíritu mueve los corazones para que los enemigos vuelvan a la amistad, los adversarios se den la mano y los pueblos busquen la unión.

Con tu acción eficaz consigues que las luchas se apacigüen y crezca el deseo de paz; que el perdón venza al odio y la indulgencia a la venganza.

Por eso, debemos darte gracias continuamente y alabarte con los coros celestiales, que te aclaman sin cesar.

ÍNDICE

Primera parte

EL PROCESO

I.Cinco historias de perdón	13
II.El mandamiento de perdonar	19
III.¿Por qué hay que perdonar?	31
IV.¿Por qué es tan difícil perdonar?	39
V.Qué es el perdón	45
VI.Quién y cómo nos ha herido.	51
VII.¿Qué nos merecemos?	61
VIII.Las fases del perdón.	65
IX.La primera fase: reconocer el daño	69
X.La segunda fase: la culpa.	75
XI.La tercera fase: la víctima	79
XII.La cuarta fase: la rabia	85
XIII.La fase final: la completud	93

Segunda parte

NUEVE EXPERIENCIAS

XIV.Los centros	101
XV.Mary, la sierva	107
XVI.Joe, el triunfador	115
XVII.Louise, la romántica	121
XVIII.Carl, el pensador	127

XIX. Ben, el coordinador	133
XX. Peter, el optimista	137
XXI. Esther, la luchadora	143
XXII. Robert, el conciliador	149
XXIII. Mildred, la perfeccionista	153

Tercera parte

CLAVES PARA PERDONAR

XXIV. La meditación sobre las Escrituras	159
XXV. La meditación compasiva	165
XXVI. La meditación contemplativa	175
XXVII. El proceso de focalización	193
XXVIII. La vulnerabilidad	
–una pizca de prevención	203
 BIBLIOGRAFÍA	 211

PRIMERA PARTE

EL PROCESO

I

CINCO HISTORIAS DE PERDÓN

Charles Reed estaba a punto de salir en libertad condicional. Había cumplido ocho de los doce años de condena. Con tan sólo treinta y tres años de edad, todavía tenía prácticamente toda la vida por delante, pero también llevaba consigo un pasado que jamás podría olvidar.

Todo comenzó a los veintiséis años, dos años después de acabar los estudios en la escuela superior y cuando ya estaba empezando a destacar como brillante agente inmobiliario en la ciudad de Denver. Hombre atractivo y de apariencia atlética, se había pasado los años de formación, como decía él, “tonteando” [buscando “ligues” ocasionales]. Con su buen sueldo, su energía juvenil y su buen aspecto, se había convertido en un hombre muy juerguista.

No era infrecuente verle un sábado por la noche acompañando a una joven atractiva al apartamento de ésta en una torre residencial en el centro de Denver. Ni tampoco era infrecuente verle varias horas después abandonando el apartamento de la joven, bajando al aparcamiento y saliendo del edificio en su elegante deportivo rojo. Lo que no era frecuente, sin embargo, era que a la mañana siguiente, cuando una amiga trató de ver a la joven, tuviera que recurrir al portero para que le abriera la puerta del apartamento. La amiga encontró a la joven yaciendo en la cama, asesinada con un cuchillo de carnicero.

Poco después la policía se presentó en el apartamento de Charles. Éste todavía estaba durmiendo y costó cierto esfuerzo despertarlo. Un registro somero de su coche, aparcado en su garaje, reveló la presencia de un cuchillo con restos de sangre yaciendo al descubierto en el asiento de detrás.

Ciertamente, parecía un caso cerrado. Charles, que no dejó de proclamar enérgicamente su inocencia todo el tiempo, fue detenido, juzgado, declarado culpable y condenado a doce años de cárcel. Sus padres vendieron la casa y el negocio familiar en un esfuerzo inútil por excusarlo, plenamente convencidos de sus protestas de inocencia. Fue un preso modelo y pasó la mayor parte del tiempo enseñando a sus compañeros y aprendiendo el modelo no violento de resolución de conflictos con la ayuda de las artes marciales japonesas.

Después de cumplir ocho de los doce años de sentencia, y sin dejar de alegar que era inocente, salió en libertad condicional. Fue entonces, a través de la trabajadora social que le habían asignado (y con la que más tarde se casó) cuando tuve ocasión de conocerle. Después de cierto tiempo y de varias conversaciones prolongadas, también yo me convencí de que era inocente y de que había sido condenado y sentenciado injustamente. Debido a los tecnicismos legales y a cierto celo intemperado por parte de los abogados estatales, no se permitió incluir en el juicio determinada evidencia que habría conducido al arresto de otra persona. Charles todavía sigue luchando por anular su condena y sentar legalmente su inocencia.

Cuando pensé que lo conocía lo bastante bien, le pregunté qué sentía en relación con toda aquella experiencia. ¿Cuál era su reacción frente a los abogados, el juicio, el jurado, el propio sistema legal que había destruido ya

no únicamente su vida, sino también las vidas de su madre y de su padre? Charles tenía una respuesta pronta a mis interrogantes. Era evidente que había sopesado enormemente todas estas cuestiones.

“Durante el primer año”, dijo, “que estuve en la cárcel, me sentía amargado y furioso, y odiaba a toda aquella gente [abogados, jurado y demás]. Después me di cuenta de que no podía seguir permitiendo que controlaran mi vida, de modo que aprendí a quererles y a perdonarles”.

Mi segunda historia también tiene que ver con un prisionero. Michael tenía dieciocho años, era de complexión robusta y con mucha mundología. Había sido contratado como guardaespaldas por un supuesto empresario muy acaudalado. No se inmutó cuando descubrió que parte de sus obligaciones consistía en ayudar a organizar orgías donde se consumían drogas, orgías que se grababan secretamente y se utilizaban para chantajear a miembros de uno de los clubes sociales y recreativos [*country clubs*] más ricos de California. Lo que verdaderamente le molestó, sin embargo, fue que cuando la policía finalmente desarticuló la trama, Michael fue detenido y condenado como responsable de la totalidad de la operación. Su jefe, por razones de dinero y de influencia política, jamás fue ni tan siquiera acusado.

Michael estaba dispuesto a admitir su culpabilidad, pero no a aceptar la responsabilidad en primer grado de toda la operación. De modo que, cuando el juez fijó la condena en una sentencia de ocho años de prisión, sintió tanta rabia que cogió en peso uno de los bancos de la sala y atacó al juez. Hicieron falta seis policías para refrenar su furia. Cuando se restableció la calma, el juez modificó la sentencia inicial a ocho años de cárcel en una institución penal para personas legalmente insanas.

Al comienzo de su condena, la rabia de Michael seguía sin amainar. Agredía a los guardias, arrojaba la comida contra la pared y destruía todo lo que le viniera a las manos. Si no era legalmente insano cuando le condenaron, sin duda ahora sí lo era.

“Me llevó casi un año”, me dijo, “antes de acabar preguntándome a quién le estaba haciendo daño en realidad. Poco a poco, comencé a darme cuenta de que mi rabia no tenía el menor efecto en absoluto sobre mi antiguo jefe, sobre el juez, ni sobre el sistema legal contra el que estaba protestando. Era a mí y únicamente a mí a quien estaba atacando. A continuación, era obligado que me preguntara cómo podía poner fin a todo aquello. No bastaba con que cesara en mi actividad violenta. La ponzoña y el dolor, el odio y la rabia me estaban dañando de tal forma que tenía que cambiar internamente, dentro de mí. Finalmente, me vi forzado a darme cuenta de que la única forma que tenía de salir de mi verdadera cárcel, la que yo mismo había levantado a mi alrededor, era aprendiendo a perdonar y a querer. ¡Y lo conseguí! No me fue fácil, pero desde entonces soy un hombre libre”.

Mi tercera historia de perdón es similar y sin embargo totalmente diferente. La hermana Catherine, de cincuenta y cinco años, era la superior provincial de una gran congregación de monjas religiosas. El diagnóstico médico, a raíz de una serie de mareos y vahídos, requirió una intervención quirúrgica de primera magnitud en el cerebro. La intervención se llevó a cabo con éxito. Como parte del proceso de recuperación, se dejó un tubo insertado a través de una abertura en el cráneo para favorecer el drenaje, y también con fines antisépticos. Dos días después de la operación, un médico estremecido y profundamente embargado por la emoción le dijo que era

responsable de haberle inyectado en el cerebro una solución mortal. ¡Le quedaban tres horas de vida!

Por aquel entonces la hermana Catherine estaba consciente y en plena posesión de sus facultades. Inmediatamente llamó a su asistente provincial y a los miembros del consejo provincial. “No tendrá ninguna repercusión”, declaró. “No se debe culpar a nadie. No habrá ninguna denuncia ni ningún juicio por negligencia médica. Perdono sin reservas a quienquiera que haya podido ser de alguna forma responsable de esto”. Dos horas más tarde murió.

Mi cuarta historia tiene que ver con un grupo de personas. Como organización se hacen llamar MVFR –Familiares de Personas Asesinadas por la Reconciliación [*Murder Victims’ Families for Reconciliation*]. Cada uno de los miembros de este grupo tiene una experiencia personal con el dolor y las heridas de haber vivido el asesinato de un ser querido –pero también con el proceso del perdón y de la sanación. De hecho participan en viajes organizados en los que tratan de llegar a otras personas haciéndoles partícipes de sus experiencias. La mayoría de ellos han pasado laboriosamente del dolor, la negación, la victimización y la rabia, a la supervivencia y la completud integral [*integral wholeness*, la recomposición y regeneración íntegras] a medida que fueron descubriendo el poder que tenía su propia compasión sanadora para perdonar a los mismísimos asesinos de sus seres queridos.

Mi última historia, al igual que las dos primeras, tiene que ver con un hombre que fue víctima de la injusticia legal. Algunos le han considerado un activista político, pero no me parece que se acabe de identificar con esta descripción. Tal vez sería más exacto describirlo como un reformador social. En cualquier caso, fue injustamente

acusado, ilegalmente juzgado ante una especie de “tribunal desautorizado”, y sentenciado a muerte. Corrían malos tiempos y la situación política era turbulenta, de modo que la sentencia tuvo que ser ejecutada con la máxima prontitud. Mientras su ejecución estaba siendo brutalmente llevada a cabo, sus amigos lo abandonaron y únicamente su madre y unas pocas amistades de ésta permanecieron en el lugar de los hechos.

Cuando el dolor físico y el espanto psicológico de sus sufrimientos lo desbordaron, gritó en voz alta su desesperación y su sensación de abandono. Y después, poco antes de que su sangrienta y vergonzosa ejecución llegara a su fin, dijo Jesús: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”, y murió.

Estas son unas historias cautivadoras. Ejercen un atractivo inmediato y universal. ¿Por qué? ¿Qué tiene el perdón para pulsar una cuerda compasiva en nuestros corazones? ¿Por qué es tan significativo y tan importante que incluso en el momento de la muerte puede hacerse sentir su poder sanador? También hemos de preguntarnos: si sus frutos son tan evidentes, ¿por qué es tan difícil? ¿Por qué algunas personas alimentan el rencor, la implacabilidad, la negativa a perdonar, incluso durante toda su vida? ¿Por qué a algunas personas les resulta aparentemente incluso imposible perdonar? ¿Por qué algunas personas llegan a decir: “Quiero perdonar, pero no puedo”? ¿Es verdad esto? ¿Les está negada de por vida a estas personas la sanación? Espero que estas preguntas encuentren la respuesta oportuna en los siguientes capítulos, a medida que vayamos rastreando los distintos pasos del proceso del perdón.